

Dejando fuera el ámbito de la naturaleza el filósofo escéptico puede moverse cómodamente en el espacio del fenómeno sin el peligro de caer en la incoherencia. No obstante esta consideración del fenómeno no implica bajo ningún concepto la admisión de su verdad. Para hacer algo así se tendría que superar el plano subjetivo, lo cual, como se ha visto, es imposible. El fenómeno sirve de criterio práctico por la evidencia innegable con la que se presenta; lo incuestionable del fenómeno es que se impone impertinentemente a los sentidos independientemente de su verdad o falsedad, de si se adecua a la realidad o no. Así, el escéptico puede desarrollar su práctica vital atendiendo únicamente a lo que le aparece tal y como le aparece, sin tener que valorar el vínculo de ese aparecer con la realidad.

Carolina TOVAR VELASCO

SANTOS HERCEG, J.: *Cartografía crítica. El quehacer profesional de la filosofía en Chile*. Santiago de Chile: Ed. Libros de la Cañada, 2015. 277 p.

La filosofía, de cuando en cuando, nos da gratas sorpresas. Y a mi parecer, José Santos Herceg, nos da, en esta oportunidad, y con este libro, una grata sorpresa filosófica. Este asombro tiene varios momentos. El primero es que, como será de saber, la actividad filosófica en Chile tiene una deuda consigo misma. Una deuda que se cifra en el casi completo abandono en que se encuentra el pensamiento –la poca dedicación– si se quiere expresar en estos términos, que los profesionales de la filosofía en Chile han dedicado al pensar “su” propia actividad filosófica. Ya sea a través de los modos de institucionalización sobre los cuales esta ha sido posible, ya sea a través de la posibilidad de historiar su desarrollo, o bien, a través de pensar el trabajo –la obra– que han realizado nuestros propios pensadores. En otras palabras, habría que decir que buena parte la filosofía en Chile ha tenido una ‘falta de sentido histórico’. Diagnosticar una situación como esta, quizá tiene poco mérito, bastaría con quitar un poco el polvo, y los hechos, terminan imponiéndose con una elocuencia casi incontestable. Un poco más aventurado sería responder al por qué de esta situación. ¿Qué miedos llevan al silencio? ¿qué supuestos permiten la do-

mesticación de un saber crítico? ¿qué intereses se esconden tras cada departamento de filosofía, tras cada malla curricular, tras cada programa que impiden pensar en sentido propio? Una insinuación, que bien puede llegar a convertirse en un ‘encaminar’ de respuesta al por qué de todo esto, es el libro de José Santos Herceg.

Para pensar las condiciones que hacen posible, o sobre las que se sostiene el quehacer profesional en Chile, se hace necesario pensar filosóficamente, en última instancia, sobre los márgenes políticos que lo contienen. Un pensamiento así, si bien urge, también, se constata, que se encuentra en buena medida ausente. Un pensamiento de lo urgente, o de lo que urge ser pensado, está, para buena parte de la academia filosófica en Chile sin posibilidad de presencia. Su ausencia bien puede responder a una determinada necesidad autoimpuesta, una necesidad, por ende, política. ¿Cómo se inscribe esa necesidad de ausencia política en la academia? Al menos, en buena parte de la actividad filosófica académica profesional en Chile, podríamos afirmar, se asume en la necesidad de ‘objetividad’. Objetividad que lleva a una cierta práctica profiláctica de la filosofía. Una práctica de esta ‘objetividad’ toma cuerpo en el quehacer profesional filosófico cuando se invoca, como condición exclusiva para la filosofía, la presencia de los llamados “clásicos”. Sólo sería posible hacer filosofía cuando se está en activa presencia de un trabajo ‘académico’ con ellos. En tal sentido *Lo clásico sería aquello que perdura*, y en esa perduración es que, al decir de estos, se puede hablar con verdad. Un clásico sería primeramente aquel que no muere, que tiene ribetes de inmortalidad. La pregunta que habría que hacer es ¿cómo un clásico llegó a ser tal?. En el fondo, ¿cuál es el marco de regulaciones, por ende legalidades, de posibilidades que llevó a tal condición? Pero estas últimas preguntas difícilmente tienen visa de entrada. Para buena parte de la academia filosófica chilena –sino toda–, hacer filosofía implicaría, como primera y fundamental cuestión, tomar distancia de lo contingente. De ahí, por ejemplo, que Jorge Peña, académico de la Universidad de Los Andes, concluya su artículo de prensa titulado “Best-Seller”¹ haciendo suyo un consejo de Jean Guittton que dice: “No leas nunca prosa todavía fresca. No leas un libro que acaba de salir. Deja al tiempo, que es el gran seleccionador, el cuidado de cumplir su tra-

bajo silencioso, que consiste en eliminar al mediocre. ¿Qué es un clásico? Es un libro que todavía se imprime y que no cesa de aparecer, que acaba incluso de reaparecer. No leas pues, ya que tú dispones de poco tiempo, los que han aparecido al menos hace tres años. Luego aquellos de hace treinta años. Luego aquellos de hace treinta siglos, y encontrarás a Homero.” No pensar lo contingente, viene a significar, no pensar el presente, no pensar lo actual, no pensar lo histórico, no pensar lo que es más urgente por pensar.

Con lo anteriormente dicho, esto es, las referencias explícitas a los silencios de buena parte de los filósofos por pensar en la tradición filosófica chilena, el libro de Santos tiene la virtud de hablar de un tono que hace posible invocar el tiempo presente. La filosofía chilena en el tiempo presente. Es un libro que, ciertamente, escapa a lo que muchos filósofos universitarios quisieran entender por filosofía. De ahí que me atrevería a sostener que es un libro valiente, porque se atreve a filosofar sobre la actualidad propia de la filosofía, sobre los modos de institucionalización de la filosofía, esto es, —y así lo declara abiertamente en el subtítulo—, sobre el que hacer profesional de la filosofía en Chile. De ahí que sostiene, como objetivo sustancial del libro, y así también, como horizonte de investigación, que “La intención de este trabajo ha sido detenerse única y exclusivamente en el caso del ejercicio profesional de la disciplina filosófica en Chile actual, en aquel ejercicio profesional del que este texto parte, es decir, en nuestro ejercicio profesional de la disciplina filosófica” (12). Para llevar a cabo esta tarea es que Santos ha trazado las posibilidades de su cartografía en cuatro momentos o topologías de lo posible, o “cuatro accidentes” (13) como prefiere llamarles, y que posteriormente en su libro serán abordados, cada uno, a partir de capítulos específicos. Estos capítulos que componen el análisis del estado de la filosofía profesional son: enseñanza, investigación, publicación y gestión.

Estos cuatro accidentes son, podríamos decir, los cuatro puntos cardinales, esto es, de referencia u orientación, sobre los cuales, sin excepción alguna me atrevería a señalar, todo filósofo, o al menos aquellos que se pretenden como tal, no puede desatender. Todo filósofo profesional debe desarrollarse, esto es, enriquecer su *curriculum vitae*, emprendiendo, de modo equitativo, labores

que atiendan a las exigencias del quehacer disciplinar. Sin olvidar, por cierto, que esta cardinalidad se inscribe, como sabe muy bien el autor, sobre un papel cartográfico que la dictadura puso como soporte hipostático. Empezar una carrera profesional de la filosofía en Chile, a partir de la década de los 80 del siglo veinte, significa, a buenas cuentas, jugar bajo las reglas establecidas por el mercado neoliberal. Las cardinalidades previas, esto, como ya hemos dicho, enseñanza, investigación, publicación y gestión quedan inscritas en rango de la producción. Para ser filósofo profesional hay que producir en todas estas dimensiones bajo el marco de regulaciones que el mercado exige. Lo peligroso de ello es que, la profesión filosófica en Chile, cuando menos, se encuentra condicionada, esto es, exigida, a un principio de necesidad de mercado. Un buen filósofo respondería, o al menos debería saber responder, a las exigencias de mercado, porque así, y sólo así, podría, por ejemplo, justificar su presencia en la universidad o su experticia en tanto que profesional. El quehacer filosófico queda expuesto a las condiciones de un debe. Debe escribir como el mercado requiere, debe escribir, por ejemplo: *papers*. Por qué el privilegio del *papers* por sobre otros soportes posibles de la escritura, como por ejemplo el ensayo. Porque, como sostiene Santos, es “una eficiente forma de controlar la peligrosidad del discurso filosófico, de dominar su proliferación, de organizar su incontabilidad mediante prohibiciones, barreras, límites y reglas” (138). Y más aún, “La realidad es que las instituciones han llevado a cabo una sistemática campaña en vistas a imponer este modo de escritura filosófica como el prioritario, el mejor evaluado, el más deseable e incluso, en algunos casos, como el único aceptable” (139)

La escritura, en los márgenes de la profesionalización filosófica en Chile, como ejemplo, resulta sintomática a la hora de realizar un diagnóstico en orden a explicar, o cuando menos, a poner en evidencia las condiciones de posibilidad de la filosofía en nuestro país. Condiciones que, en última instancia, y así parece verlo también el autor del libro, llevan a la construcción de un nuevo tipo de racionalidad de los sujetos partícipes de en las dinámicas filosóficas. Investigar, enseñar, gestionar y publicar permiten la emergencia de un nuevo tipo de subjetividad en la labor filosófica, cuestión que parece verse reflejada en el hecho, como así lo in-

sinúa Santos, de que “los que han aprendido a lidiar con las reglas del sistema y han formado una nueva generación aún más adaptada” (103). Existiría, y esta me parece una tesis gravitante en el libro, cuando menos en formación, una nueva generación de filósofos que han sabido surfear sobre las condiciones imperantes de la filosofía profesional del Chile de hoy. Lo peligroso, a mi modo de ver, es que la validación, debido a las instancias académicas y de desarrollo de la filosofía, conlleven a la filosofía a sellar su destino junto al mercado. El mejor filósofo profesional será aquel que mejor haya aprendido a lidiar con las imposiciones mercantiles impuestas al quehacer filosófico.

Martín RÍOS LÓPEZ

NOTAS

¹ Diario *El Mercurio*, Revista de Artes y Letras, Domingo 03 de Junio de 2007, Página E-9.

CASTRO ORELLANA, R. (ed.): *Poshegemonía. El final de una paradigma de la filosofía política en América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, 293 pp.

El presente trabajo recoge buena parte de las conferencias que un grupo de intelectuales impartió en uno de los cursos de verano que anualmente la Universidad Complutense de Madrid celebra en San Lorenzo de El Escorial. Sin embargo, no era la primera vez que este grupo se reunía, como apunta el editor en el prólogo, sino que el encuentro era una etapa más en el itinerario que una serie de investigadores (recientemente agrupados en el llamado «Seminario Crítico Transnacional») vienen recorriendo desde hace más de una década.

En el plano formal, hay que señalar de *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina* que se divide en dos partes: en la primera, «Nodos», se abordan algunos de los elementos teóricos centrales en torno a la noción de hegemonía, donde adquirirán un papel predominante –por subyacer polémicamente a la mayoría de los capítulos– las obras de Gramsci, Laclau y Beasley-Murray; en la segunda, «Derivas», se investigan los alcances y consecuencias que se desprenden de la distinción (y discusión)

entre “hegemonía” y “post-hegemonía”, y en ella adquieren un peso esencial, entre otros, los textos de Bosteels o la recepción deficitaria de Foucault en determinados ambientes intelectuales. Dada la diversidad de autores y de abordajes, en las siguientes páginas esbozaré brevemente el contenido de cada capítulo.

La primera parte del libro comienza con «Democratizar la democracia: de la hegemonía a la poshegemonía», de Davide Tarizzo (Universidad L’Oriental, Nápoles), que toma como punto de partida las relaciones (problemáticas) entre democracia, liderazgo y populismo, vinculándolas a las doctrinas de Gramsci y Laclau. Su objetivo es mostrar que, al menos en el Norte mundial, y a diferencia de lo que ocurre en los países en vías de desarrollo, la democracia ha alcanzado su límite positivo y ha empezado a desdemocratizarse. Por su parte, Antonio Rivera (Universidad Complutense de Madrid), en «De la hegemonía al populismo: Ernesto Laclau, la evolución de un “schmittiano antischmittiano”», va recorriendo el pensamiento de Laclau, partiendo de su crítica al marxismo (muchas veces señalada en su obra). A continuación, meditará sobre la recepción laclaudiana de Blumenberg (no siempre acertada, según el autor del capítulo) y acerca de la ambivalencia implícita en el antagonismo entre partes heterogéneas desde el que ha de pensarse la contingencia de la estructura social. Finalmente, Rivera prueba que el filósofo argentino seguía, en el mejor de los casos, en la estela del pensamiento de Carl Schmitt, en tanto en cuanto defendía un presidencialismo fuerte, poco controlado y con reelección indefinida, frente a un debilitamiento del poder legislativo.

El tercer capítulo corre a cargo de Gareth Williams (Universidad de Michigan), y lleva por título «Los límites de la hegemonía. Algunas reflexiones sobre *El momento gramsciano* de Peter Thomas y *Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe». En él se toman en consideración las obras propuestas en el título, poniendo en relación la de Thomas con la de Perry Anderson «Las antinomias de Antonio Gramsci», a la que está criticando, y con la de Christine Buci-Glucksmann *Gramsci and the State*. Así, señala Williams, *El momento gramsciano* es un texto que permite ver los límites prácticos y conceptuales de la fidelidad en relación con el aparato hegemónico